

Historia

El Marqués de Comillas. Historia de un buque hospital

J.M. Rodríguez Tejerina

Muy poco, casi nada, se ha escrito de la organización sanitaria de la columna del capitán de Aviación Alberto Bayo Giroud, que intentó conquistar Mallorca para los republicanos el 16 de agosto de 1936.

Un buque hospital

Entre los barcos de guerra, mercantes, lanchas y submarinos que, procedentes de Mahón, formaban el convoy y transportaban cerca de 8.000 milicianos, iba un buque hospital, el *Marqués de Comillas*.

El *Comillas* pertenecía a la Compañía Trasatlántica. Era un airoso navío de casco negro y dos altas chimeneas. Realizaba viajes regulares entre España y América. Desplazaba 9.922 toneladas y había sido botado en El Ferrol en 1928. Tenía capacidad para 140 pasajeros de primera clase, 50 de segunda, 40 de tercera y 650 emigrantes, entre sollados y entrepuentes.

Dos médicos de la Armada destinados en la Aeronáutica Naval de Barcelona, el comandante Carmelo Sáez de Cabezón y el capitán Manuel González de Escaño, lo habían acondicionado como buque hospital días an-

tes de la expedición «a las mil maravillas», según escribe Bayo en su libro *Mi desembarco en Mallorca*. En ambos costados, y en las chimeneas, fueron pintados unos grandes emblemas de la Cruz Roja.

Alberto Bayo estaba muy orgulloso de su hospital flotante. En una proclama anunciando el desembarco que mandó arrojar sobre Mallorca desde unos aviones, decía:

«Al cuerpo de suboficiales...

»Llevaremos un espléndido buque hospital que pondré a vuestra vista en el lugar del desembarco, donde tengo quince equipos quirúrgicos de ases de la cirugía, todos ellos voluntarios, cientos de enfermeras que se repartirán en guerrillas...».

Algunas dependencias de las cubiertas superiores y unas bodegas fueron adaptadas como quirófanos. Todas ellas disponían de mesas de intervenciones, lámparas de iluminación, mesitas auxiliares, taburetes, aparatos de anestesia, lavabos y camillas portátiles.

Grau i Sabartés, en un opúsculo titulado *La guerra viscuda per un metge novel*, cuenta que el primer herido tratado en el *Comillas* fue una miliciiana francesa que tenía un trozo de metralla en la pierna derecha.

En el barco hubo varios equipos quirúrgicos, tres civiles y dos militares. Los equipos civiles habían sido designados por la Conselleria de Sanitat de Barcelona. Los médicos y los estudiantes de medicina se enrolaron, voluntariamente en su mayoría, en las oficinas de dicho organismo, que estaban ubicadas en el convento de las teresianas, en la Rambla de Cataluña esquina a Diagonal. Allí les dieron a todos la *targeta groga* de identificación.

Los equipos quirúrgicos

El primer equipo quirúrgico civil tenía por jefe al doctor Vicente Pueo Pa-

rés, un traumatólogo nacido en 1912. Pudo al final de la contienda emigró a Cuba. En 1984, al cumplirse los cincuenta años de la terminación de su carrera, las bodas de oro, el Colegio de Médicos de Barcelona le costeó el viaje de vuelta a la Ciudad Condal. Don Vicente vino sin dinero alguno, fijada la fecha de retorno, sin su mujer, a la que no dejaron que le acompañara. Tuvo que regresar, pues, a la patria de Fidel Castro.

En este primer equipo figuraban también los estudiantes de medicina Banús, Modolell y Juan Rocamora Cuatrecasas. Este último, después de la guerra, emigró a Colombia, al lado de su tío, don Juan Cuatrecasas y Arumi, profesor de botánica. Luego marchó a la Argentina, donde llegó a ser presidente del «Casal de Catalunya», en Buenos Aires, y representante de la Generalitat. Volvió a España en varias ocasiones: 1964, 1977 y 1979, siendo recibido en esta postrera ocasión por Narcís Serra, alcalde a la sazón de Barcelona.

Juan Rocamora hizo una película de 100 m del desembarco que se conserva en el Archivo de la Abadía de Montserrat. La filmó a bordo del *Comillas* y en Sa Torre Nova, un hospital de sangre establecido por la columna del capitán Bayo en una finca, cercana al pueblo de Son Carrió. También tomó unas escenas del apresurado reembarque, entre ellas las de un bote que no pudo ser izado a bordo del *Comillas* y fue dando bandazos contra el costado de babor, hasta que se rompió la estacha que los sujetaba y se perdió en el mar.

El segundo equipo estaba al mando del doctor Jorge Jarufe, un médico con aficiones quirúrgicas adscrito en Barcelona al servicio del profesor Antonio Trías Pujol, en el Clínico. Jarufe, aunque peruano, nacido en Secuani, era de ascendencia árabe. Había terminado su carrera en 1934,

en la ciudad condal. Después de licenciarse volvió a su patria y ejerció en Juliaca. Pero en 1936 retornó a España. Después de la retirada de Mallorca estuvo en varios frentes de la Península y llegó a ascender a comandante médico. Al final de la guerra se escondió en Barcelona, pero fue capturado y condenado a muerte. Gracias a las gestiones de algunas personalidades de su país, entre ellas el obispo de Cuzco, fue indultado y puesto en libertad. Por un curioso azar, Jorge Jarufe embarcó en Bilbao, rumbo a su patria, en el *Marqués de Comillas*, el mismo barco en el que había estado como cirujano durante el desembarco de Mallorca.

Con Jarufe trabajó en este segundo equipo quirúrgico civil Ramón Arandes Adán, nacido en 1913, que había terminado la carrera en 1936 y trabajaba también con Trías. Arandes, de vuelta a la Península, se pasó a la zona nacional y obtuvo, en 1950, la cátedra de Patología Quirúrgica de la Universidad Central de Barcelona. Otro miembro de este equipo era el médico, asimismo peruano, Félix Denegri.

Jorge Jarufe y Ramón Arandes, siendo todavía estudiantes, publicaron en la *Revista de Cirugía* de Barcelona un trabajo titulado «Reumatismo tuberculoso».

Otro ayudante de este segundo equipo era Vives Rodón. Hacía funciones de anestesista José M.^a Cols Baques, secundado por Teófilo Martín Asenjo. Según Arandes, perteneció a este equipo Félix Martí Ibáñez, que era «camarero secreto» del Papa y marchó a los Estados Unidos antes de que terminara la guerra civil. Llegó a ser profesor de Historia de la Medicina en una escuela de Nueva York. Escritor bilingüe, fundó y dirigió la famosa revista *M.D.* Falleció en Nueva York en 1972.

En el tercer equipo estaba de jefe el doctor Antonio Noé Gamundí, urólogo

go, médico interno del servicio de cirugía del doctor Corachán, en el Hospital de San Pablo, quien, tras el reembarque, pasaría a ser jefe de un equipo quirúrgico del Ejército del Este. Aún vive y ejerce su especialidad en Barcelona.

Ayudante del doctor Noé lo era Ángel Latorre Ríos, nacido en 1913, que había terminado la carrera en julio de aquel año y era interno de guardia del Hospital de San Pablo. Don Ángel es médico en la actualidad en Bescanós, un pueblo próximo a Gerona, y tiene escritas unas «Memorias» inéditas, en las que relata sus recuerdos médicos en Mallorca. Fueron otros ayudantes de este equipo Federico Portabella García y Jaime Companys, un muchacho canario al que mataron, meses más tarde, en el frente de Huesca, en Apiés.

Además de estos tres equipos quirúrgicos, hubo a bordo del *Marqués de Comillas* dos equipos militares, uno dirigido por el capitán médico de Sanidad del Ejército de Tierra, Manrique Hidalgo, y otro mandado por el comandante médico de la Armada, don Rafael Abengoechea Laita (1888-1963), que era aragonés y jefe de Clínica Quirúrgica del Hospital de Cartagena.

Los servicios médicos

Una labor muy destacada en el *Marqués de Comillas* la realizó el doctor García Guardiola, que practicaba análisis de sangre y, sobre todo, transfusiones sanguíneas. Era apodado *Sangonera* (Sanguijuela) y también *Vampiro* por su afán de extraer sangre, para determinar su grupo sanguíneo, a los tripulantes del trasatlántico. Hizo, a lo largo de los días que duró la expedición, unas cincuenta transfusiones de sangre, brazo a brazo. Escogía como donantes a los

miembros de la dotación con grupo sanguíneo O universal. Por entonces, además de no conocerse todavía el factor Rh, no se sabía cómo conservar la sangre.

Los servicios de radiología del barco estaban a cargo del doctor Porras, a quien acompañaba su esposa, que hacía labores de farmacéutica.

Otro sanitario del buque era el capitán de la Cruz Roja, Ramón Lluch Gairó, que dirigía un equipo de camilleros encargado de trasladar a los heridos desde tierra al *Comillas*.

Iban a bordo del trasatlántico unas treinta enfermeras. Dos de ellas eran francesas, venidas a Barcelona con motivo de la Olimpiada Popular. Otras tres eran religiosas. Embarcaron en el segundo viaje del *Comillas* a Mallorca y procedían del Hospital de San Pablo. Eran muy tímidas y estaban siempre asustadas; llevaban las mangas de las batas largas, hasta las muñecas, y el pelo cortado a trasquilones. Dos de ellas eran hermanas de sangre, Bárbara y Cecilia Sorolla. La tercera se llamaba sor Narcisca Poza.

Los primeros días de la batalla, el equipo de Jarufe y Arandes tenía a gala poner en la puerta de su quirófano una lista de operaciones a realizar, como era la norma seguida en el Hospital Clínico de Barcelona. Luego, la gran cantidad de heridos que llegaban a bordo de continuo y el desorden producido por los bombardeos de la aviación italiana hicieron que se descuidasen estos ritos académicos. Según el «Diario de a bordo», el *Marqués de Comillas* zarpó del puerto de Barcelona el 10 de agosto; entró en Mahón y se mantuvo frente a las costas de Artá, a distancia variable, durante el desembarco, desde el mediodía del 16. Regresó a Mahón en la tarde del 19 con más de 150 heridos. En un segundo viaje zarpó de Mahón para Artá, el 21, permaneciendo seis días en aquellas aguas. El 25 quedó sin gobierno por

avería de la máquina y el 27 llegó a Barcelona. Evacuados los heridos que transportaba,¹ marchó nuevamente a Mahón, en donde ancló el 29; y el mismo día llegó a la costa de Mallorca manteniéndose cruzado entre Punta Amer y Cabo Pinar hasta el viernes 4 de septiembre, en que, después de embarcar atropelladamente milicianos en Cala Petita, salió para Barcelona, donde entró a las 9 de la noche. Debíó evacuar, pues, unos 500 heridos en total, procedentes de Porto Cristo y otros lugares del frente.

Hubo en tierra unos pequeños hospitales de sangre; en Porto Cristo (en el Hotel Perelló), en Cala Morlanda, en Sa Coma y en Sa Torre Nova. Varios médicos y, sobre todo, una veintena de estudiantes de medicina hicieron de practicantes ayudados por milicianas enfermeras, cinco de las cuales fueron capturadas por los «nacionales» y, a pesar de llevar un brazalete de la Cruz Roja, fusiladas en las tapias del cementerio viejo de Manacor.

El capitán médico Fernández Boada, gallego, otorrinolaringólogo y algo sordo, era el jefe de estos muy deficientes servicios médicos en tierra. Los heridos recibían una somera cura de urgencia y eran recogidos en camillas, metidos en coches sanitarios y llevados a bordo del *Marqués de Comillas* en lanchas y botes. Alguno fue trasladado en avión a Barcelona.

Actuaron como sanitarios en primera línea Manuel Carreras Roca —quien pasados los años llegaría a ser profesor de Historia de la Medicina de la Universidad Central de Barcelona—, Xavier Vilanova, Estanislao Galitó, Pascual Pujol, Pujol Roch, Enrique Alamán, Novellas, Bellido...

El jefe de sanidad del *Marqués de Comillas* era el comandante médico de la Armada don Carmelo Sáez de Cabezón y Capdet, quien, ya en la Península, logró pasarse a la zona nacional y fue jefe de sanidad del

Ciudad de Palma, un buque hospital «nacionalista». Falleció en 1965, en Barcelona, siendo coronel médico retirado de la Armada.

Rebelión a bordo

Por unos radiogramas captados al *Marqués de Comillas* sabemos que don Carmelo fue destituido fulminantemente y sustituido por don Manuel González de Escaño, capitán médico también de la Armada.

Era Escaño persona jovial y optimista. Llevaba consigo sus raquetas de tenis, pensando que el desembarco sería «un paseo militar». Le llamaban «el filipino», pues era oriundo de aquellas lejanas islas. Procedía, al igual que Cabezón, de la enfermería de la Escuela de Aeronáutica Naval de Barcelona, ciudad en la que vivía, en la calle Muntaner, con su bella esposa, filipina, y sus hijos. Al final de la guerra tuvo que exiliarse, pero volvió a España años después.

La destitución de don Carmelo Sáez se debió a una protesta que estalló a bordo del barco hospital, en Mahón, el 29 de agosto. Todo el equipaje y el personal sanitario se negaron a zarpar de nuevo, al carecer el transatlántico de protección frente a los ataques aéreos. El *Comillas* había sido bombardeado ya varias veces. La primera el 19 de agosto, por unos antiguos hidroaviones Savoia-55 tipo «Santa María», como los utilizados por Italo Balbo, y luego el 29 del mismo mes, por tres cazas italianos Fiat CR 32 y tres hidros también de caza, Macchi 41 bis, recién llegados a Mallorca unas horas antes. Los aviones legionarios no lograron impacto alguno sobre el buque hospital, pero sí consiguieron sembrar el miedo. Los heridos abandonaban sus camas presos del mayor terror. Un operado de apendicitis se arrancó los apósitos y falleció poco después.

El capitán Bayo, personalmente, sofocó la revuelta. Amenazó con fusilar a los médicos que osaran desembarcar, destituyó a Cabezón, responsable, quizás, del plante y prometió instalar unas ametralladoras antiaéreas a proa y a popa del barco, aunque se contravinieran así las leyes de la Cruz Roja a las que estaba sometido el *Comillas*.

Eran los últimos momentos de la expedición republicana a Mallorca. El 4 de septiembre, acatando una orden procedente del Gobierno central de Madrid, reembarcaron apresuradamente las huestes de la Generalitat. La desdichada aventura había terminado.

Consideraciones terapéuticas

En aquel dramático verano de 1936 no se habían descubierto aún las sulfamidas ni los antibióticos. El arsenal terapéutico de la sanidad militar de la Columna Balear en tierra y a bordo del *Comillas* se reducía al éter, la novocaína, el yodo, sueros antitetánicos y antigangrenosos, aspirinas y aceite alcanforado. Las enfermedades venéreas, muy frecuentes en aquellas caóticas tropas de milicias y milicianos,² se prevenían, simplemente, con blenocol. Tampoco se había instaurado por completo el llamado «método de Trueta» para el tratamiento de las heridas y fracturas abiertas por inmovilización con escayola. Las transfusiones sanguíneas eran muy rudimentarias, al ignorarse la existencia del factor Rh. Faltaban, asimismo, unos meses para que Durán Jordá estableciera en Barcelona un «banco de sangre», el primero que se crearía en Europa, con sangre citratada.

Pero a pesar de estas limitaciones forzosas y de la absoluta falta de disciplina, pueden observarse en la

columna del capitán Bayo atisbos de una concepción moderna de la sanidad militar. Se concede gran importancia a los medios de evacuación rápida (coches sanitarios, lanchas, incluso aviones) y se envía a los heridos graves, con toda urgencia, a los hospitales de Mahón y Barcelona. La presencia del buque hospital *Marqués de Comillas* con servicios radiológicos, quirúrgicos y hematológicos, prestigia el organigrama sanitario de las fuerzas expedicionarias. La actitud humanitaria de todo el personal sanitario, por otra parte, resultó ejemplar.

Final del Marqués de Comillas

El *Marqués de Comillas* fue apresado por unos barcos de guerra «nacionales», el 26 de febrero de 1937, cuando regresaba de Odesa con un cargamento de algodón. Realizó luego varios transportes de tropas y llevó peregrinos desde Tánger, Ceuta y Melilla a La Meca. Su último servicio de guerra consistió en conducir hasta Bizerta las dotaciones encargadas de repatriar a España los barcos republicanos internados en aquel puerto tunecino.

Después de la guerra civil, el *Marqués de Comillas*, ya con una sola chimenea, reanudó sus antiguos viajes a Centroamérica. En 1961 fue destruido por un incendio en los astilleros de El Ferrol, los mismos en que fuera construido treinta y tres años antes.³

1. Fueron llevados al Hospital de la Santa Cruz y de San Pablo, donde los atendieron los doctores Trueta y Pi Figueras. Y al Clínico, siendo asistidos en éste, también excelentemente, por los profesores Trías y Gimeno.

2. Rafael García Serrano, en su libro *Diccionario para un macuto*, denomina a la columna de Bayo «la columna de la sífilis», pues, escribe, sus banderines de enganche se establecieron

en los burdeles del Paralelo y del barrio chino de Barcelona.

3. Para redactar este ensayo se han consultado periódicos de la época de Barcelona y Palma de Mallorca, los libros de Alberto Bayo, Agustí Grau i Sabartés, Angel Latorre Ríos,

Josep Massot i Muntaner y el del propio autor, *Medicina y Guerra Civil en Mallorca*, en el que puede encontrarse amplia bibliografía. Y, sobre todo, se han tenido en cuenta muchas comunicaciones personales, orales y escritas.